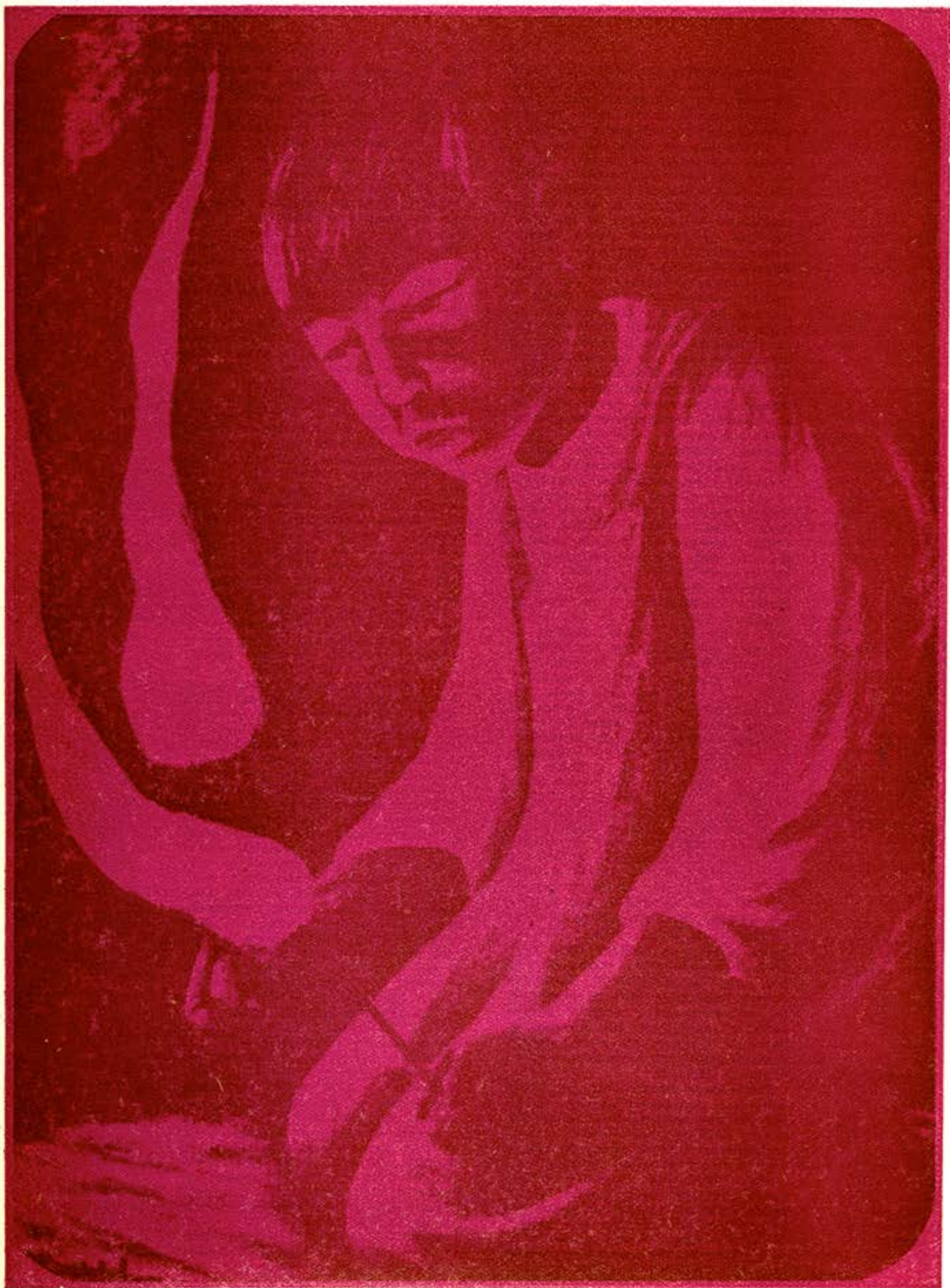




varez y Rafael Vega Albela, murieron antes de cimentar su auténtica obra. Los demás, ¿han sido opacados por el gran prestigio de Octavio Paz o buscaron la oscuridad para hacer y para hacerse (Neftalí, Beltrán, Octavio Novaro, E. G. Guerrero, Carmen Toscano, Manuel Lerín, Vicente Magdaleno...)? Muy distinto es el caso de Rafael Solana (1915) que ha relegado la poesía a segundo término en su activa carrera de prosista y autor teatral. Mientras que el otro poeta importante de Taller, Efraín Huerta (nacido el mismo año que Paz) en *Los hombres del alba* (1944) alza el canto de un amor que sobrevive la noche y el vacío y el horror de la ciudad. En versos ácidos y templados por su misma pasión, convierte la poesía en instrumento de furia o de ternura y arma en el combate por un destino menos inhumano. Como a tantos poetas de su edad, el "compromiso" llevó a Huerta hasta unos poemas que mostraban su ideología, no su talento. La excepción fue el magnífico *Avenida Juárez* (1956) que concilia la indignación política con el arte. Ultimamente Efraín Huerta ha regresado a su mejor época creadora: lo demuestra *El Tajín* (1963).

Sin ruptura con los poetas anteriores y en fraternidad con los que llegaron de España en el exilio republicano, surgió el grupo de la revista *Tierra Nueva* — con todo, más afín a los Contemporáneos que a Taller. Ni José Luis Martínez (que sobresale como crítico e investigador de las letras nacionales) ni Jorge González Durán quisieron llevar hasta sus últimas consecuencias el riesgo de la poesía. Manuel Calvillo (1918) dominó la retórica de la época; la olvidó más tarde para escribir un *Libro del emigrante* concebido en secuencias narrativas de enorme riqueza. Sólo publicado en fragmentos, cuando se edite el *Libro del Emigrante*, será un acontecimiento. De *Tierra Nueva* salió uno que invariablemente se menciona entre los cinco más destacados de las promociones que suceden a los Contemporáneos: *Alí Chumacero* (1918). Predomina en su poesía el afán de oponer el rigor artístico al desorden de los días y de las cosas; la limpieza expresiva, a la amarga tiniebla en que finalmente se disuelve la esperanza del hombre. Desde *Páramo de sueños* (1944) a *Imágenes desterradas* (1947) la voz de *Alí Chumacero* halló el equilibrio entre modernidad y tradición. De su inicial apego a los *Nocturnos de Villaurrutia* conservó, acaso la conciencia literaria que le permitió escribir *Palabras en reposo* (1956). De monólogo, su poesía llegó a ser diálogo con el mundo cotidiano, evocado tras una superficie anecdótica que rehúsa el tono narrativo y puebla de símbolos su voz, tan sólo análogo a sí misma. Rota la oscuridad, la apariencia de muro que cuida la entrada a estos poemas, se abre ante nosotros, se hace diáfana, toda aquella hermosura descifrable. José Cárdenas Peña (nacido el mismo año que los dos ante-







riores y muerto en 1963) hizo de la contemplación de la belleza, legítima defensa ante la tragedia que, desde niño, le impuso la existencia. El gustaba que le llamasen poeta romántico, y mucho hay de cierto en esa definición. Lo mejor de su obra queda en un volumen póstumamente aparecido: *Los contados días* (1965).

Si la historiografía, en años recientes, abusó del concepto de las generaciones ¿hasta qué punto resulta válido hablar en esta nota de una Generación del 50 ó de la revista *América*, en cuyas páginas se dio a conocer? La revista *América* siguió la política de puertas abiertas que un siglo atrás recomendó Altamirano para el desarrollo de la literatura nacional. Animada por los poetas Efrén Hernández y Marco Antonio Millán, tuvo el mérito de servir para el aprendizaje de esa nueva promoción. De sus colaboradores salieron los que habrían de renovar la prosa narrativa (Arreola, Rulfo) y el teatro (Carballido, Luisa Josefina Hernández, Sergio Magaña) y los poetas que llegados a la madurez forman el grupo más activo e importante de la poesía mexicana actual. Rubén Bonifaz Nuño (1923), sabiamente, dominó primero las disciplinas tradicionales para forjar después su propio cauce. De la perfección formal (*Imágenes*, 1953) pasó a lo cotidiano, a lo prosaico. Encontró allí la raíz de *Los demonios y los días* (1956), poemas de protesta que se nutren del malestar contemporáneo, no del fácil optimismo. Su siguiente libro, *El manto y la corona* (1958) está bellamente concebido como un canto de amor en varias estancias. Su unidad es la naturaleza contradictoria del sentimiento amoroso que, pese al desplome que trae consigo, es la única manera de trascender la irremediable soledad, el vacío. *Fuego de Pobres* (1961) es hasta hoy el libro más perfecto de Rubén Bonifaz Nuño y una obra extraordinariamente significativa. Toda la experiencia anterior y la cercanía con los poetas nahuas y latinos se suman al íntimo conocimiento de la realidad de que saldrán sus versos. (Bonifaz publicó una *Antología de la poesía latina*, 1956, en colaboración con Amparo Gaos y en 1963, una admirable traducción de *Las Geórgicas virgilianas*). *Fuego de pobres* resulta un libro absolutamente contemporáneo y original por el perfecto manejo de sus influencias. Posee un ritmo propio y un lenguaje característico: el castellano que se habla en México.

Esa misma fusión entre el habla popular y el idioma poético, la ha logrado con otro sentido Jaime Sabines (1925). A diferencia de sus compañeros, Sabines ya ha reunido en un tomo su producción (*Recuento de poemas*, 1962) y si es mucho lo que puede esperarse de su poesía futura, ya debe ser considerado un poeta mayor. Quizá en los años que vienen su obra se haga la más conocida de su generación: Sabines crea sus poemas con las palabras y las sensacio-

nes del hombre común. Y ese "realismo" mueve las aguas estancadas, es justo y saludable pasado tanto tiempo de hacer poesía sobre la poesía. Si la aspereza coloquial es una fase del temperamento de Sabines, otra (y no menor) es la ternura. Junto a ella, la capacidad de asombro, el deslumbramiento frente al doloroso milagro de existir y andar el camino junto a los demás, urden el poderío de una voz natural que celebra lo diario con las diarias palabras: la ciudad, la casa, el campo, la lluvia —elevados a la altura del arte por el poeta más directo de las actuales letras mexicanas.

Rosario Castellanos (1925) es el nombre más alto de nuestra poesía femenina —y pese a lo gastado del término, creo que vale la pena fincar esa distinción, ese matiz peculiar. No por la importancia de Rosario Castellanos se pueden olvidar otras poetisas: Concha Urquiza (1910-1945), sobresaliente en sus poemas místicos; Margarita Michelena (1917) con dos textos definitivos: *A las puertas de Stón*, *Enigma de la rosa*; también Enriqueta Ochoa, María Luisa Hidalgo, Gloria Riestra, Griselda Álvarez; Margarita Paz Paredes (1922), dueña de una vasta bibliografía entre cuyos títulos recordables está *Coloquio de amor*. Tampoco hay que soslayar a Guadalupe Amor (1920), quien con sus liras y sus décimas alcanzó, en el pasado inmediato, una popularidad que no conoce ningún otro poeta mexicano actual; ni a Dolores Castro (1923) que ha destacado —pese a su voluntario alejamiento— con libros de acendrada pureza y autenticidad como *La tierra está sonando* (1959) y *Cantares de vela* (1961); ni a Emma Godoy (1918) que también ha tomado de su fervor religioso la fuerza de su poesía. Pero Rosario Castellanos ha escrito una obra que abarca todos los géneros (la novela *Balún Canán* ha difundido su nombre más allá de nuestras fronteras) y su poesía registra varias épocas, al fin complementarias más que opuestas. La conciencia del mestizaje, la perduración de una raza vencida han dado forma y profundidad a muchos de sus versos. Al lado de esos temas, al desamparo que sucede a la pérdida del amor fue una de sus constantes preocupaciones expresivas; con rigor y belleza, culminó en *Lamentación de Dido* — uno de los grandes poemas escritos en México. Referidas a un tema clásico, sus emociones se objetivaron. Y la objetividad prevalece en sus dos mejores libros: *Al pie de las letras* (1959) y *Lúvida Luz* (1961). En ellos, como dice Xirau, en su voluntad de ser, Rosario Castellanos ha afirmado la presencia necesaria de la comunidad. No sólo por compartir sus penas y alegrías, vale esta poesía para el lector: también por la excelencia artística de las páginas en que deja Rosario Castellanos el testimonio de su vida y su mundo.

Jaime García Terrés (1925) es dueño de una formación humanística nada común. Quizá de ella nace el que su







poesía resulte tan diversa de la que denomina a su generación. Más rica en sustantivos que en adjetivos, enemiga de la retórica la poesía de Jaime García Terrés se referió, próxima a lo elegíaco, al desplome de un mundo para siempre perdido (*Las provincias del aire*, 1956). Como otros escritores de su edad, García Terrés dejó la íntima pesadumbre para hablar de la que agobia a todos los hombres (*Los reinos combatientes*, 1961). Este último volumen incluye una serie de paráfrasis (*Donne, Marvell, Corbiere*), resueitas con auténtica maestría.

Miguel Guardia (1924) es otro de los poetas cimentados no en la precocidad sino en un paulatino descubrimiento de sí mismos. Los motivos poéticos de siempre habitaron sus primeros trabajos y fueron revelando su personalidad (*Tema y variaciones*, 1952). La gran tentación del prosaísmo se ha adueñado de Guardia, para bien de su poesía, desde que apareció *El retorno* (1956). Nueve años después, su libro más reciente, *Palabra de amor* (1965), muestra que Guardia, con oficio cada vez más seguro, ha ahondado en su desgarramiento para comunicarlo con una voz henchida de esperanza y rebeldía.

Crítico iconoclasta que ha hecho una norma de la insubmisión, Jesús Arellano (1924) animó algunas de las revistas que, junto a *América*, difundieron los primeros trabajos de su generación. La poesía de Arellano tiene la virtud de no parecerse a nadie; sin embargo hasta ahora su dureza, su acritud están todavía lejos de cimentar una expresión convincente. En *Acto propicio*, Fernando Sánchez Mayans (1925) había logrado encontrar un ámbito propio, pero al igual que otros de su generación, prefirió el teatro como medio expresivo. Jorge Hernández Campos (1923), uno de los poetas más interesantes de este período, ha dado a conocer, desde su voluntario exilio en Roma, poemas originales y renovadores, entre los que destaca *El presidente* (incluido en *A quien corresponda*, 1961).

Las intenciones de realizar una poesía desprendida de lo subjetivo las representan también A. Silva Villalobos (1929) y Horacio Espinosa Altamirano. Este último con su más acabado libro: *Los signos del destierro* (1952). Por el año de su primer título, que no por su edad, entra a destacar en esta generación Marco Antonio Montes de Oca (1932). A los 21 años deslumbró con *Ruina de la infame Babilonia*. El poder verbal y la capacidad metafórica de Montes de Oca, el caudal incesante de su vocabulario no son características frecuentes en la poesía mexicana. Como todo poeta destacado, Montes de Oca encontró enemigos que en vez de admirarlo y disfrutar con la belleza de sus poemas, se dieron a encontrarle defectos: la oscuridad, el exceso de fantasía (¿puede ser esto motivo de acusación?) sobre todo, no lo consideraron capaz de escribir un poe-







ma organizado que no fuese mera acumulación de imagen tras imagen. ¿Por qué no se ha querido juzgar a Montes de Oca dentro de sus intenciones y su capacidad personal? ¿Por qué exigirle lo que no deseó hacer? No es muy digno de fiar el crítico que descalifica a un autor porque no escribe o piensa como él. Montes de Oca permaneció fiel a sus maravillosos dones hasta *Delante de la luz cantan los pájaros* (1959) que incluye dos libros anteriores: *Contrapunto de la fe* (1955) y *Pliego de testimonios* (1956) y agrega varias secciones inéditas. En los dos recientes volúmenes *Cantos al sol que no se alcanza* (1961) y *Fundación del entusiasmo* (1963) Montes de Oca ha escuchado lo que sugirieron sus críticos y buscado una concretación que en rigor no le pertenece. La calidad poética, la belleza verbal no están ausentes (no en vano se es Montes de Oca) pero el antiguo esplendor imaginativo se ha disminuido. No obstante, las últimas publicaciones muestran que este poeta excelente ha enriquecido su expresión y está muy cerca de la plenitud.

En esta misma, posible Generación de 1950 habría que incluir a los poetas españoles de México, los que sobre esta misma tierra crecieron y empezaron a escribir, los "trasterrados" como propone Arturo Souto Albarce en el único ensayo que sitúa a esta generación de dos países (7). Llegados desde su infancia a este país, ¿son poetas españoles o mexicanos? Hasta la fecha, excepto Souto nadie ha querido deslindarlo y casi todos los confinan en la zona intermedia, en la tierra de nadie. Discutir su posible arraigo o desarraigo, sus "vivencias" nacionales o su trasfondo peninsular, es tarea que excede los límites de esta información. El caso es que con ellos (y con los españoles y sudamericanos que ya en su madurez aquí han vivido y trabajado) nuestro presente literario se ha enriquecido. Y no es poca la deuda con talentos tan altos como los de Ramón Xirau y Manuel Durán — más conocidos por su espléndida obra ensayística que por su poesía (8). O como Carlos Blanco Aguinaga, J. M. García Ascot, José Pascual Buxó, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro, Tomás Segovia... No me parece ofender a ningún nacionalismo pedir que, respetando sus raíces, consideremos entrañablemente a estos poetas, en doble pertenencia, "españoles de México", entre otras causas porque, lo ha dicho Octavio Paz, el idioma es la única nacionalidad del escritor.

Hacia 1954 ó 55, con la serie *Los presentes* que animó Juan José Arreola y la primera *Revista Mexicana de Literatura*, dirigida por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, comenzaron a aparecer varios poetas que por su edad acaso deban considerarse los "precursores" de la más joven generación. No es ocioso anotar que si tradicionalmente los grupos y promociones surgían en sus propias revistas, los nuevos poetas mexicanos,





por una serie de innumerables circunstancias, despertaron al secreto y la magia de las letras amparados en la generosidad de sus mayores que, noblemente, les han permitido compartir, sin distinción de rangos, todas sus empresas culturales. Es justo mencionar con qué amplitud y bondadosa libertad Elías Nandino abrió las páginas de su revista Estaciones para que, desde 1967, practicaran su aprendizaje muchos jóvenes que en más de una ocasión defendieron ideas contrarias a las del director, sin que Nandino coartara esas divergencias.

¿Cuál es la aportación de las nuevas voces al desarrollo de la poesía mexicana? ¿Son un simple eco de sus predecesores? Para responder a tales preguntas contamos nada más, a la fecha, con un ensayo de Raúl Leiva el crítico que, con Frank Dauster ha estudiado en toda su amplitud nuestra lírica del siglo veinte. Pese a su honestidad, el trabajo de Leiva (9) es muy controvertible, ya que sus juicios de valor no se sustentan en el examen de las obras como un fin en sí mismas: al revés de lo que ocurría en su libro Imagen de la poesía mexicana contemporánea antes de juzgar a los nuevos poetas, Leiva emprende una revisión heterodoxa de nuestra lírica en este medio siglo y se propone calificar el mérito poético de acuerdo con la capacidad de los poetas para "llegar al pueblo" y su evasión o compromiso frente a la batalla ideológica de nuestro tiempo. Pero independientemente de las posibles discrepancias o afinidades, sin polemizar ni suscribir sus opiniones, quiero que tomemos del ensayo de este especialista los nombres de quienes integran "la joven poesía mexicana".

Resulta prematuro atrever juicios sobre el trabajo incipiente de estos poetas. Si de la nómina que proporciona Leiva ya hay algunos que han dejado de escribir (o al menos, desde hace varios años se abstienen de publicar) ¿cuántos alcanzarán la plenitud aferrados al trabajo poético, o quiénes, como es regla en Hispanoamérica, ocuparán el verso únicamente como tránsito hacia otros géneros? (Las revistas literarias están llenas de vaticinios, casi invariablemente fallidos. Se ha dicho que en los países de nuestro continente el 99 por ciento de los que escriben novelas, cuentos, ensayos, comedias, artículos periodísticos, argumentos cinematográficos y aun gacetas, episodios para radio o televisión y slogan comerciales, anhelaron en su adolescencia ser poetas: al igual que un buen número de abogados, médicos y políticos profesionales. Como causa coadyuvante, ¿puede explicar ese resentimiento el desprecio con que es mirada la actividad del poeta?)

Para fundamentar la hipótesis de una Generación del 60 hay en ese año dos publicaciones significativas: el número de la Revista Mexicana de Literatura (dirigida por Juan García Ponce y Tomás Segovia), dedicado a una antología de los Nuevos poetas (10); y la aparición de La espiga amotinada: un volumen colectivo que reúne los libros de cinco

poetas jóvenes, presentados por Agustí Bartra. Juan Bañuelos (1932), el mayor en edad y temperamento lírico, contribuyó a La espiga amotinada con Puertas del mundo. En su declaración de principios (cada uno de estos libros está antecedido por un resumen de las personales opiniones en torno de la poesía y de la sociedad actual), Bañuelos definió la protesta del grupo contra la realidad y el deseo común de participar en la transformación del hombre y la reforma del mundo. De manera similar, Oscar Oliva (1937), Jaime Augusto Shelley (1937), Eraelio Zepeda, (nacido el mismo año) y Jaime Labastida (1939) presentaron sus juicios y sus poemas reunidos (respectivamente en La voz desboecada, La rueda y el eco, Los soles de la noche y El descanso). La poesía más descarnadamente viva, según este volumen, pareció ser la de Oliva; mientras que el instinto poético de Bañuelos y Shelley — como lo demostraron después — se aviene más con el subjetivismo que con el poema objetivo: de protesta social. Zepeda, por su parte, se mostró menos afortunado en estos versos que en sus excelentes relatos de Benzulul. Labastida, finalmente, fue el que logró conciliar de modo más efectivo sus capacidades con el género de escritura que lo interesó para probar, en el arte, la eficacia expresiva de su conciencia política. Más joven que sus compañeros fue, obviamente, el menos maduro. En los últimos años no ha aparecido más libro de este grupo que La gran escala (1961) de J. A. Shelley. Caótico y un tanto abstracto, incluye sin embargo un bello poema en prosa: Agosto. Bañuelos ha prometido dos libros: uno de poemas civiles y otro de lírica menos colectiva. Oliva apenas ha publicado uno o dos trabajos que lo muestran ahondando su acierto anterior. Zepeda ha superado los ejemplos de su verso que da el tomo con un canto erótico: Gisela. Y Labastida, sin por ello renunciar a sus convicciones, se ha encontrado en poemas ya no circunstanciales. Si vemos los defectos de La espiga amotinada, será posible apreciar mejor sus cualidades y el futuro ilimitado que se abre a su expresión: cualidades, defectos y futuro compartidos por los poetas citados inmediatamente — y que entre sus virtudes tienen, junto a los de La espiga amotinada, el ejercicio de la autocritica y la fraternidad: no siempre puestas en práctica por sus antepasados.

Las limitaciones compartidas serían, en términos muy generales, la carencia de medios propios para enunciar sus pensamientos o sentimientos; el empleo, a menudo, de fórmulas que ya enmohecidas, han engendrado una retórica hostil a la poesía; la casi general falta de disciplina que suscita la profusión de las palabras sin un matiz que las regule. Y el hecho de buscar en la protesta el sentido de la creación (tendencia que en sí no es censurable y que los acontecimientos de nuestro tiempo hace poco menos que necesaria) pro-







1897



plcia con alguna frecuencia la redacción de antipoemas que no hablan de la conciencia social que los anima, no llegan al público a que se dirige, ni guardan relación con lo que ayer u hoy se consideró belleza. Pero el aceptar la poesía no como un don o anatema divino: como un deber para consigo mismo y los demás y un arte que para serlo requiere un trabajo exterior, un oficio (para decir las cosas con sus nombres) equilibra y hace esperar que en un lapso inmediato se superen esas caídas que son la entraña misma del aprendizaje poético.

De los poetas que menciona Leiva, Hugo Padilla y Homero Garza (ambos de 1936) fundaron en Monterrey, a mediados de la década anterior, una revista de avanzada: *Katharsis*. En México se incorporaron al primer grupo de la *Revista Mexicana de Literatura*, y antes de publicar un libro se encerraron en un silencio que ojalá sea quebrantado. Acaso Padilla fue el único poeta joven que supo asimilar a su personalidad la influencia de Paz: con una imaginación semejante a la de Montes de Oca y mayor don de forma, Padilla estaba (¿está?) llamado a ser el primero de su generación. De los jóvenes nacidos en el mismo 1936, Isabel Fraire y José Antonio Montero, ninguno ha juntado sus poemas en volumen. La primera colaboró en *Katharsis* y ha seguido publicando hasta adueñarse de un estilo propio. Inconfundible a su vez puede ser J. A. Montero que ha podido hacerse de un instrumento expresivo muy directo, manifiesto en versos acres y doloridos—muchos de ellos de auténtica hermosura. Otra mujer, Thelma Nava (1931) en este 1965 debe de someter su talento a la prueba del libro; así como Francisco Cervantes y Gastón Melo (los dos de 1938), el primero con una producción ya muy vasta. En 1964 todos estos poetas mostraron el fruto de su actividad. Los críticos han señalado al más joven y al único que cuenta ya con una obra, Homero Aridjis (1940) como el poeta más destacado de su generación. En plena adolescencia, Aridjis se impacientó por verse en letras de molde y publicó *La masa roja* (1958). Los libros posteriores han reivindicado con creces el disculpable error *Los ojos desdoblados* (1960), *La tumba del Filidor* (1961), *Antes del reino* y *La difícil ceremonia* (1963). En 1964, al dar a conocer *Mirándola dormir*, Aridjis se ha adueñado de un lenguaje personal y muestra una rara intensidad en cada una de sus páginas. Aridjis trasciende, con verdadero don poético, la retórica actual del erotismo.

Muchos nuevos poetas han surgido. De ellos los críticos destacan a Gabriel Zald (1930) y al más joven, Alejandro Aura (1944). Sobre esta promoción ha caído la ardua tarea de sostener la continuidad de nuestra lírica. Los preceden, forman su más legítima tradición, su herencia y su pasado inmediato algunas de las generaciones, poetas y poemas más grandes que ha conocido, en el siglo veinte, la poesía del idioma español.

- 1.—Allen W. Phillips, Ramón López Velarde, el poeta y el prosista. (México: Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1962).
- 2.—Octavio Paz, El camino de la pasión. *Revista Mexicana de Literatura*, número doble 11-12 (noviembre-diciembre, 1963).
- 3.—Frank Dauster, Ensayos sobre poesía mexicana. *Asedio a los Contemporáneos*. (México: Ediciones de Andrea, 1963). Véase también la Breve historia de la poesía mexicana del mismo Frank Dauster. (México: Ediciones de Andrea, 1955).
- 4.—Andrew P. Debicki, La poesía de José Gorostiza. México: Ediciones de Andrea, 1962).
- 5.—Raúl Leiva, Imagen de la poesía mexicana contemporánea. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1959).
- 6.—En el Fondo de Cultura Económica (Col. "Letras Mexicanas") se han publicado: Xavier Villaurrutia, *Poesía y teatro* (1953); Salvador Novo, *Poesía* (1961); Jaime Torres Bodet, *Obras escogidas* (1961). Se imprimió en 1964 la *Poesía de José Gorostiza*. En distintas series y colecciones la UNAM editó: Bernardo Ortiz de Montellano, *Sueño y poesía* (1952), Carlos Pellicer, *Material poético* (1962). En 1965 apareció una selección de poemas y ensayos de Jorge Cuesta.
- 7.—Arturo Souto Alabarce, Nueva poesía española de México, I-II. *Ideas de México*, Número 6, junio-agosto de 1954; y número 7-8, setiembre-diciembre de 1954.
- 8.—Ramón Xirau ha escrito el único ensayo que, hasta hoy, busca caracterizar esta generación, y estudia sus autores y sus obras: *Nuevos poetas de México*, en *Poetas de México y España* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1962). Los poetas comentados en este ensayo son Rubén Bonifaz Nuño, Jaime García Terrés, Manuel Durán, Rosario Castellanos, Jaime Sabines y Tomás Segovia.
- 9.—Raúl Leiva, La generación última y la poesía mexicana del siglo XX. *Cuadernos de Bellas Artes*, octubre de 1963.
- 10.—*Revista Mexicana de Literatura*. (Nueva Época) No. doble, especial 6-7, "Nuevos Poetas". (Marcos Aguayo, Homero Aridjis, Juan Bañuelos, Francisco Cervantes, Isabel Fraire, Jaime Labastida, Chema Lugo, José Antonio Montero, Oscar Oliva, José Emilio Pacheco, Jaime Augusto Shelley, Eraelio Zepeda) diciembre 1959-enero 1960.